

Johan Kragerup  
Christina Hohrein  
Marusa Strojin  
Nadia Kopprio  
Isabelle Guilbaud

## Resumen

*La fiesta vigilada*, del escritor cubano Antonio José Ponte, es una novela-ensayo sobre Cuba y sobre la condición de escritor durante las décadas de la revolución. Su pluma de observador-testigo nos lleva por varios momentos y escenas de la historia cubana. Una reflexión rica y digresiva que aborda temas como la vida nocturna en la isla, la fiesta, la prostitución, la censura, la revolución, el exilio, las ruinas, entre otros, ofreciéndonos un panorama inusitado de la vida cubana que difícilmente podríamos hallar en un libro de historia.

La obra se divide en cuatro apartados. El primero, establece un paralelismo entre la novela *Nuestro Hombre en la Habana* de Graham Greene y la condición del autor, que delata el carácter absurdo de la política revolucionaria: en una sociedad donde todo se vigila, el recelo lleva a especulaciones que generan historias y conflictos sustentados en la nada. El autor reflexiona sobre las razones que conducen al exilio o a la decisión de permanecer en Cuba. Al final, los que se quedan parecen habitar un exilio interior que emparenta su existencia a la de los fantasmas y los que se van, cierta obsesión que dista mucho de traer olvido y tranquilidad.

La segunda parte relata cómo en los años 90, después de treinta años de prohibición, la fiesta y la prostitución regresan a los hoteles, los que se convierten en verdaderos oasis en medio de los «apagones». A pesar de la reapertura de los bares después de veinticinco años, la represión por parte del Estado sigue definiendo la vida de la sociedad cubana.

La censura, en los tiempos respectivos, de dos películas -un cortometraje sobre la vida nocturna en la Habana y un documental sobre la miseria campesina-, muestran cómo la revolución se reduce a una inversión de los papeles de censores y censurados. Con la representación de una orquesta cubana fuera de Cuba, por primera vez parece terminarse el confinamiento cultural de la isla. Pero todo es representación y otra vez nos enfrentamos al simulacro de la fiesta. El credo «Dentro de la revolución todo y contra la revolución nada» crea un estado irreal e irrealizable de revolución eterna que pretende detener el curso del tiempo y de la vida cotidiana, que acaba dejando a todos afuera.

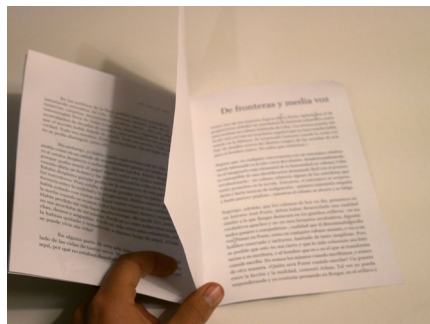
“Un paréntesis de ruinas”, hace un recorrido arquitectónico por la capital. Es, en definitiva, una lectura política de la arquitectura. Después de la rápida colectivización por el gobierno revolucionario del territorio, empieza su lenta metamorfosis en ruinas. Ante esa situación, a la cual el gobierno no ofrece soluciones, ocurre lo que Ponte denomina tugarización. Por otra parte, los nuevos barrios de Alamar funcionan de acuerdo al modelo del “nuevo hombre”. Encontramos a un narrador insomne, que intenta construir su identidad y que, como un puente sobre el vacío, vive como un fantasma vigilado.

Por último, en la cuarta parte, “Una visita al Museo de la Inteligencia”, el autor viaja a Alemania donde la diferencia entre este y oeste es todavía tangible. El comunismo dejó su huella en la arquitectura, las fachadas descuidadas reflejan el tiempo detenido que ve nacer las ruinas. Su estancia en Berlín culmina con la visita a G., un amigo que le muestra el expediente que la Stasi tenía sobre él: unas trescientas páginas que incluyen sus correspondencias, transcripciones de sus conversaciones telefónicas e informes de vecinos y conocidos. Eso nos lleva a la obra *The File: A Personal History* del historiador Timothy Garton Ash. Sospechoso de ser un espía británico durante su estancia

en Berlín, la policía secreta investiga sobre él. Unos años después de la caída del muro, tiene acceso a su expediente y emprende una investigación sobre quiénes fueron sus delatores. De los varios encuentros que logra tener, llega a la constatación de que ninguno de sus denunciantes parecían tener malas intenciones, sino que más bien habían sido víctimas de un sistema donde la responsabilidad no responde de nadie. De vuelta a Cuba, al autor se le niega la salida al extranjero, lo que lo lleva a su vez al Museo del Ministerio del Interior de La Habana a indagar sobre su caso. Un esfuerzo de por sí inútil, pues los fantasmas no dejan rastro.

# Trabajo Creativo

El trabajo creativo que hemos realizado consiste en un fanzine, una pequeña revista en la cual hemos incluido textos y visuales. Así que hay que considerar la dimensión material de nuestro trabajo que no se puede apreciar en pdf. Para facilitar su apreciación, adjuntamos unas fotos del fanzine imprimido:



# LA FIESTA VIGILADA



# Atención al autor

Hoy, día 24 de abril, día de mi vigésimo tercer cumpleaños, estamos reunidos en casa de Maruša para escribir un texto sobre *La fiesta vigilada*. Si el autor supiera lo difícil que nos resulta la tarea, se reiría o tal vez le daría pena. Queríamos transcribir un diálogo en el que cada uno comentara los puntos de la obra que le han llamado la atención, relacionándolos con referencias propias. La idea era añadir elementos que fingieran un diálogo en medio de un almuerzo lezamiano. Pero no había forma de iniciar la conversación, y en medio del silencio, cada uno propuso maneras de abrir el diálogo. Maruša nos fue trayendo poco a poco de comer, alentada por nuestro apetito, y estuvimos comiendo como reyes mudos. Hasta que tuvimos la idea de escribir cada uno por su cuenta, textos de forma libre en cuanto al tema y al estilo, a ver lo que surgía. Si salían bien podríamos yuxtaponerlos luego en nuestro fanzine a modo de un collage. Nos sentíamos ya más animados y sin embargo costaba empezar a escribir. Así que alguien –¿acaso he sido yo?- pidió algún traguito para apurar a las musas, y Maruša nos trajo vino y cervezas. Christina, que tomaba muy en serio el encargo, pidió aclaraciones sobre las reglas de ese ejercicio de escritura –no había ninguna-, preguntó varias veces qué se podía escribir –ide todo!-, se quejó de no tener inspiración. Hasta que de repente se puso a escribir frenéticamente. Nos sentimos traicionados por su súbita inspiración que desafortunadamente no compartíamos. Empecé a escribir algo. Maruša quiso saber lo que escribíamos. Antes de que pudiera contestar, Christina se estresó y nos rogó que no habláramos, por miedo a perder el hilo de su iluminación. Johan, algo resacoso, estaba absorto en la pantalla de su ordenador, como observando la Vía Láctea. Quiso decir algo pero lo regañó Christina,

reclamando silencio. Al cabo de unos diez minutos, irrumpió en la sala la compañera de piso de Maruša, asustada de no haber oído ruido en tanto tiempo. Nos vio sentados, cada uno en un rincón de la habitación oscura.

Isabelle





La Revolución es  
una estática milagrosa

---

En los archivos de la Stasi andaba como un sonámbulo, intentando encontrar mi vida. Vi decenas, cientos, miles de estanterías, carpetas, documentos, palabras, letras... Era una sala interminable llena de viejas sospechas, deseos y angustias. Era la acumulación de décadas de secretos, una acumulación tan grande que el secreto había dejado de existir. Todo era secreto. Todo era verdad. Todo era mentira. Todo era simulacro. En un lugar así ya no se podía distinguir entre ello.

Sin embargo, yo había venido aquí en busca de mi vida. Me sentía como en un estado de sonambulismo porque no estaba seguro si estaba despierto o soñando. Quizás los dos. Estaba despierto porque podía sentir el papel áspero entre mis dedos temblantes cuando abría un fichero y me encontraba con las vidas de los otros. Estaba despierto porque podía oír la resonancia de mis pasos por los corredores. Pero estaba soñando porque aquí no había una diferencia entre la realidad y la imaginación. Estaba soñando porque había soñado con visitar ese lugar tantas veces en mis sueños, por la noche cuando se reúnen todas las sospechas, deseos y angustias. Había perdido mi vida hace mucho tiempo. Me quedé vivo, pero ya no me acordaba de mí mismo. Perdí mi yo entre todas estas sospechas, deseos y angustias. Perdí mi vida entre estas estanterías, me la habían quitado y transferido a algunas hojas de papel. ¿Cómo se puede vivir sin vida?

En alguna parte de esta sala debía esconderse mi vida, al lado de las vidas de tantos otros. Me pregunté por qué estaba solo aquí, por qué no estaban deambulando más mujeres y hombres por

las estanterías, hojeando en ficheros y descifrando letras. Quizás, cuando estás buscando la vida, es una búsqueda solitaria. Porque tu vida es únicamente tuya, aun cuando ya no es privada, aun cuando pertenece a otra gente, aun cuando se esconde en esta sala. Así estaba solo. Solo y perdido en un sueño desconcertado.

La luz era deslumbrante. Algunas cosas se ven mejor en la oscuridad, pero cuando están sacadas de su ámbito privado son expuestas y desecadas en la claridad. No queda más espacio para sombras.

Ya no me acordaba de cuándo y por qué yo había sido parte de la oscuridad y cuándo y por qué había sido parte de la luz. En mi mente todavía quedaban antiguas ansiedades, razonamientos, excusas, rebeldías, pretextos, miedos, dudas, esperanzas, convicciones, engaños, confusiones... Confusión. Me confundía tanto que ya no tenía claro cuales de todos esos pensamientos y sentimientos eran realidad y cuales eran sueño. ¿Cuáles había inventado posteriormente, para justificarme? Las respuestas a ese cuándo y por qué debían estar en uno de esos miles de ficheros, adonde se había marchado mi vida, adonde habían secuestrado mi vida. Debía estar ahí. Por lo menos, eso esperaba.

Christina

# De fronteras y media voz

Acaso uno de los mayores logros de *La fiesta vigilada* sea el de proporcionar al lector un anecdotario lo bastante exhaustivo como para sentirse un cubano hablando de Cuba. (La semana pasada, me invitó una cerveza un arquitecto español que no hace mucho había estado en la Habana. Se sorprendió bastante cuando le conté con lujo de detalles acerca del destino trágico de las escuelas de arte para el hombre nuevo. No sabía que existieran.)

Supuse que, en cualquier conversación con un extranjero relativamente interesado en la isla o en la Revolución -desafortunadamente, en el imaginario más elemental de la humanidad no cubana, Cuba es susceptible de una identificación demasiado fácil con el proceso revolucionario-, un cubano relataría alguna de las anécdotas que están presentes en la novela. Entonces, el extranjero se sorprendería y haría muecas de indignación –quisiera transmitir empatía y hasta parecer piadoso-, mientras el cubano se aburre y se fatiga.

Supongo, además, que los cubanos de hoy en día, pensemos en un Antonio José Ponte, deben haber desarrollado una cualidad similar a la que Borges destacara en los gauchos orilleros –en los verdaderos gauchos y no en esos farsantes arrabaleros, denominados guapos o compadritos-, cualidad que él denominaba *media voz*. Pienso en Ponte, como en cualquier cubano sensato, y veo a un hombre reservado y taciturno, hastiado de tanto megáfono. Pero es posible que esto no sea cierto y que lo más coherente sea limitarme a su escritura, o al hombre que es o en el que se transforma cuando escribe. No somos los mismos cuando escribimos, o somos de otra manera. ¿Quién será Ponte cuando escribe? Un puente entre la ficción y la realidad, comentó Johan. Tal vez no pueda respondérselo y yo continúe pensando en Borges, en el orillero y en esa *mezcla*

*de sorna y cortesía, esa humildad exagerada, sobre todo cuando estaba a punto de provocar a alguien a duelo.* Que no diga que en su novela no hay duelo: mata a unos cuantos y de una manera preciosa, como el más digno de los orilleros.

Suelo pecar de énfasis. Reconozco, también, que lo demando. En un primer momento, cometí la torpeza de juzgar a la prosa de Ponte como el fruto de una escritura vigilada. Me pareció que había demasiado razonamiento. Pensé, demasiado rápido, en la posibilidad de que los escritores cubanos sufrieran cierta incapacidad para la espontaneidad o para la vivencia de la escritura como una práctica lúdica. Pensé: una obra lúcida pero demasiado premeditada tal vez, que carece de cierta desenvoltura, que coarta a cada paso las propias sugerencias del devenir mismo de la escritura. No podía explicarme la dificultad para avanzar en la lectura. No podía decirme a mí misma *sos caprichosa hasta cuando lees.*

Y es que ahora no puedo concebir otro modo de hacerlo. ¿De qué otro modo podría haberlo hecho? Ser enfático, voluptuoso, dramático, altisonante, sublime, intenso, categórico, seguro, firme y hasta masculino podría serle fatal: incurriría en los mismos vicios y temores que ellos. Ponte no parece temer al paso del tiempo. Me gusta que no se desgarré, que no sangre, que decida hablar poco de sí, que se bata a duelo al estilo Steven Seagal: sin sudar ni despeinarse, sin perder la sonrisa. Claro que esto puede resultar fatigoso para el lector: no hay suspenso, peripecias, obscenidades, confesiones picantes o sentimentalismos de su parte. Sobre todo, no hay encadenamiento ni fluidez. Si su escritura fuese música,

sería atonal. Si en su novela hay algún exceso, el único que se me ocurre es el de los puntos aparte. Hasta en las novelas de Sebald he podido encontrar una cadencia, o bien, una tonalidad. (Confieso que suelo buscar a la música en cada obra que leo y aunque pueda sonar paradójico, la busco en la prosa.)

La fascinación de Borges por las orillas excede el paisaje de los suburbios porteños: es una posición estética. La única forma de alcanzar la media voz es colocándose en el centro mismo de la orilla o frontera entre la ciudad y el campo. En esa posición no se ven los límites, no hay confrontación violenta, se acarician dos realidades aparentemente distintas y se experimentan simultáneamente. Ponte es un puente, claro está, y tal vez pueda decir a Cuba porque entra y sale de ella, porque no se resiste ni cede demasiado. A la manera del aikidoka Seagal, se desliza y transmuta el golpe enemigo en fuerza y gracia que animan sus movimientos.

Nadia



Con la participación de:

Christina Hohrein  
Nadia Kopprio  
Isabelle Guilbaud

diseño e ilustraciones:  
Isabelle Guilbaud

imprimido en 5 ej.  
avril 2016